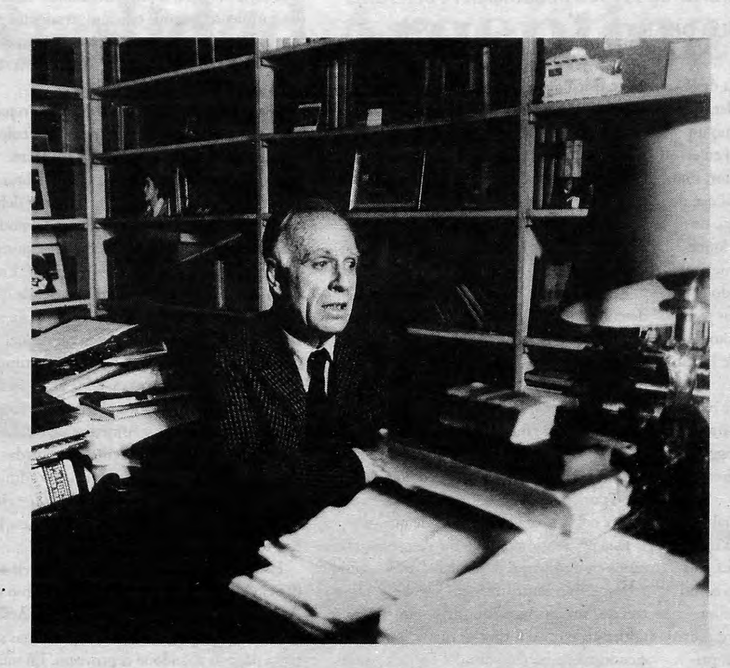


Bioy

Bioy es cósmico: declaró la irrealidad del mundo, lo que en otras palabras significa darle la espalda a la realidad. Si en Bioy hay una metafísica, ésta se encuentra en esa ironía empleada para descifrar el mundo. *La invención de Morel* es sencillamente una historia de amor en la que los enamorados en cuestión viven en ámbitos y tiempos inconciliables. Uno de ellos es un fugitivo que prefiere la cárcel a la soledad de una isla marcada por una peste. El otro es un fantasma, una serie de "apariencias" de mujer grabadas por la maquinaria de Morel y proyectadas sin cesar entre la putrefacción de los pantanos. Uno puede enamorarse de un fantasma, de hecho es algo que ocurre muy a menudo. Lo que el hombre decide hacer es grabar su propia imagen y, mediante una larga serie de cuidadosos ajustes y montajes, asegura para siempre su vecindad con el fantasma que ama. La peste lo consume, pero sus imágenes serán inmortales. Los libros de Bioy Casares parecen estar gobernados por un estremecedor ideal de austeridad. Perfectamente ligado a los recursos narrativos del siglo XVIII, no se interesó en lo más mínimo ni por los experimentos semánticos ni por las resoluciones formales "originales". Es austero en el sentido en que es austera la complejísima caparazón de una tortuga. En vez de preocuparse por hacer valer y dejar en claro cuáles son sus exigencias, las disimula. Es pudoroso, noble y hasta callado. Es sintético y certero.

Ya en sus primeros libros hay cierta ironía que lo caracterizaría para siempre, denunciando los males del mundo y registrándolos con fascinada curiosidad. *Diario de la guerra del cerdo, Plan de evasión, El sueño de los héroes* son algo más que buenos libros: integran nuestra memoria sentimental; son como partes de un pasado ancestral, de un tiempo que nunca vivimos: no estábamos allí, ni siquiera habíamos nacido, pero de todos modos esos libros son nuestros. Ese melancólico humorismo con el que registra el fracaso de la aventura humana, esas criaturas que irrumpen de improviso en la vida cotidiana, esa manía de volver una y otra vez a los brazos de una mujer que nos ha abandonado, esos animales especialmente adiestrados que enriquecen el mundo con sus proyecciones mentales, esas islas, esa "voluntaria y cuidadosa incoherencia" (la expresión es de Borges), esa tortura del amor frustrado integran algo así como un sustrato geológico inamovible, insustituible e inaprensible que nos condiciona para siempre y vuelve una y otra vez, como por obra de un hechizo, a dirigir nuestros gustos y nuestros placeres literarios.

Así se leen sus *Memorias*, publicadas en 1994: con la extraña sensación de que el mundo que creíamos completo, archivado, catalogado y entendido, de pronto se dilata. Su propia historia está llena de episodios amorosos y reflexiones cósmicas y metafísicas. Bioy es a la literatura lo que los anticuerpos a la medicina: si sus *Memorias* siguen siendo literatura es porque, ante todo, no son otra cosa que antiliteratura. Bioy parece experimentar la misma sensación que lord Byron, cuando decía que extrañamente el recuerdo del gozo no es gozo, pero el recuerdo del dolor todavía es dolor. El recuerdo es la esperanza invertida: del mismo modo que se ha mirado la cima de una torre, se mira el fondo de un pozo. "Soy descendiente de estancieros por los dos lados. Cuando yo era chico, de los campos de mi abuelo, Vicente L. Casares, quedaba San Martín, en el partido de Cañuelas. Mi otro abuelo, Juan Bautista Bioy, dejó a su muerte unaestancia a cada hijo. Algunos la perdieron; dos o tres se suicidaron. Fueron, casi todos, buenos ejemplos de la segunda generación: gente inteligente, culta, honesta, aficionada a las mejores cosas de la vida. Recordándolos alguna vez pensé que los herederos son para la sociedad los ángeles que, según me contaron, vierten el agua del cielo sobre los atribulados pobladores del purgatorio". Sus prioridades fueron exclusivas, es decir, de unos pocos: la literatura, el acierto literario, la filosofía y la verdad.

Antes de Morel

HAY UN BIOY CASARES ANTERIOR A *LA INVENCIÓN DE MOREL*. HAY UN LARGO PERÍODO ENTRE 1929 Y 1940 EN EL QUE BIOY PUBLICÓ LIBROS QUE DESPUÉS TRATARÍA DE OLVIDAR. EN SUS *MEMORIAS*, PUBLICADAS EN 1997, SIN EMBARGO, HABLÓ DE ELLOS.

En mi infancia leí la historia de Pinocho, el muñeco de madera que vivía, pensaba y sentía como un ser humano. No sólo la leí en el libro de Collodi, su inventor, sino también en una serie de la editorial Calleja, de autor no declarado, Salvador Bertolozzi, un madrileño que la continuó y que, por lo menos para el chico que fui, escribió las mejores aventuras de Pinocho. Todavía recuerdo el acopio de provisiones y los preparativos para el viaje a la Luna. El más íntimo encanto de la aventura nos llega en la enunciación de las circunstancias domésticas que la rodean.

Creo que los primeros libros que me regalaron fueron *La isla del tesoro* de Stevenson y *Las minas del rey Salomón* de Rider Haggard. Para un cumpleaños me los dio mi primo Juan Bautista (el Cabito) Bioy.

Mi prima María Inés Casares admiraba las novelas de Gyp, una escritora francesa considerada bastante audaz para la época. La palabra Gyp me pareció nítida y luminosa como un rubí; resolví que los libros de la autora con ese nombre me gustaban y me largué a comprarlos a la librería Espiasse, en las primeras cuadras de Florida. Me esperaba una sorpresa: Espiasse no quiso venderme todas las novelas que elegí. Hasta entonces yo lo había mirado con afecto, porque se tuteaba con mi padre (habían sido condiscípulos en el colegio San José), y cuando fui a su librería como cliente, me negaba libros y movía la cabeza repitiendo: "No son para chicos". El pobre Espiasse tomó una actitud paternal que me resultó insólita, porque mis padres me trataban, o me hacían creer que me trataban, como a un adulto y porque en materia de libros me habían persuadido de que lo único importante era que fuesen buenos. Espiasse se avino, sin embargo, a que me llevara *Petit Bob*, que en el acto se convirtió en mi novela predilecta, aunque no me provocó nunca ganas de leerla hasta el final.

Esto confirma quizá mi sospecha de que la práctica de la lectura a casi nadie se le da complacientemente. Sospecho a veces que los escritores vivimos de libros que los llamados lectores compran para coleccionar. Acaso por falta de ánimo para conformar la conducta a las convicciones, escribí siempre para que me lean. En descargo de los lectores que no leen, recuerdo lo que dijo el doctor Johnson: "La mayor parte de los libros son tan repulsivos que en seguida desaniman al lector mejor dispuesto". Sin embargo debería uno recordar que, si no lee, pierde irremisiblemente uno de los más gratos prodigios de este mundo.

Después de leer unas pocas páginas, las ganas que yo sentía ante la novela de Gyp eran, sobre todo, las de plagiarla; no quería reproducir la historia, sino el tono o, más bien el "espíritu", pues no escribiría sobre un chico, sino sobre chicas, que me atraían y me interesaban. Además quería realmente plagiar el aspecto físico del volumen: formato, color (rojo oscuro), tipografía; y por mucho que me afanara, mi novela de Iris y Margarita se parecía más a cualquiera de mis cuadernos que al libro de Gyp. Me desanimé y la abandoné al promediar el segundo o tercer capítulo. Alguna vez dije que escribí esas páginas para enamorar a mi prima. Las escribí porque estaba enamorado de ella.

Ese amor no fue correspondido. Un día descubrí que María Inés me tenía lástima y cariñosamente se reía de mí con otra de mis primas, Hersilita (de la que me enamoré después). Mi reacción fue escribir un libro para convencerla de mi amor por ella, de la riqueza de mi alma y de mi dolor. Se titularía *Corazón de payaso*, y consistiría, como ya lo dije, en la lacrimógena historia de un chico que, dominado por el afán de echar todo a la broma, se vuelve odioso para la persona que quiere.

Esta propensión de valerme de recursos literarios en momentos de ansiedad me asombra retrospectivamente un poco, porque siempre creí que fui un chico deportivo, que pasaba las tardes jugando al fútbol, al rugby, al tenis, haciendo atletismo o boxeando. Soñaba con ser un campeón.

Por aquellos años yo quería arremeter contra la vanidad porque había descubierto que es incompatible con la dicha. Ultimamente releí las maravillosas *Liaisons dangereuses* de Laclos y, con satisfacción, comprobé que éste había hecho el mismo descubrimiento. A la marquesa de Merteuil le hace decir: "Où nous conduit pourtant la vanité! Le Sage a bien raison, quand il dit qu'elle est l'ennemie du bonheur". ("¡Adónde nos lleva la vanidad! Mucha razón tiene el Sabio cuando dice que es enemiga de la dicha.")

Con mis amigos Enrique Drago Mitre y Julio y Carlos Menditeguy, que eran también mis compañeros en el club de deportes, redactamos una revista, *El Batitú*, que alcanzó uno o dos números y una tirada de no menos de cuatro ejemplares dactilografiados. Entre los redactores, Drago era el mejor humorista.

En 1928 escribí *Vanidad o una aventura terrorífica*, relato de misterio que, luego de sugerir una explicación fantástica, se resuelve mediante la investigación policial. En el libro que publiqué al año siguiente dije: "*Vanidad o una aventura terrorífica* es un cuento de miedo, en el que se nota la influencia de Conan Doyle, de Gaston Leroux, de Maurice Leblanc, autores que todavía no había leído, pero que conocía a través del vidrio de aumento de la imaginación". Desde luego, quería decir que los conocía de oídas, pero la expresión me parecía demasiado vulgar para un escritor. Frangollé *Vanidad* al correr de la pluma y de la máquina, ya que Drago escribía con la Underwood las páginas que yo despachaba a mano.

En 1929 escribí cuentos, reflexiones y una comedia brevísima, que leyeron mi padre y un profesor de literatura. Mi padre me preguntó si no quería publicar un libro con esos textos. Recuerdo que los corrigió un poco y que en la editorial o imprenta Biblos, de la calle Sarmiento, pagó la edición: trescientos pesos por trescientos ejemplares en octavo, de ciento veintisiete páginas de papel pluma, que todavía no se descosieron.

No bien ojeó el tomito, el profesor reparó en las correcciones y ásperamente me culpó de falta de coraje para defender mi texto. Concedí poca importancia a esas palabras. Yo creía, y sigo creyendo, que el autor debe anteponer la obra al amor propio, de modo que si descarta correcciones atinadas, porque le llegaron de mano ajena, es un necio. En cuanto a la proposición de mi padre, de que publicara el libro, y al hecho de llevarme a la imprenta, los atribuyo al deseo de verme contento, pero también al deseo de estimular una inclinación decorosa y tal vez a la secreta voluntad de evitarme nostalgias como la que él sentía por novelas y comedias planeadas en la juventud y definitivamente postergadas. Hacia el fin de su vida compuso dos admirables libros de recuerdos: *Antes del 900* y *Años de mocedad*. Murió cuando preparaba un libro tercero.

Hasta 1932 trabajé en una vasta novela sobre la vida y peripecias de un voluntarioso inmigrante español que habría "hecho la América" en nuestro país. Al cabo de quinientas setenta páginas abandoné el proyecto. En una nota preliminar escribí: "Este monstruo es hijo de un monstruo de cuatro caras: don Francisco Rodríguez Marín, James Joyce, *El Alma que Canta* (una revista que publicaba letras de tangos) y Zaratustra". Años después una amiga pasó a máquina el manuscrito. Lo titulé *Inauguración del espanto*, tomando en broma y a la tremenda el largo período 1929-1940, de libros que no concluí y de libros que no debí publicar.

En 1933, cuando tuve listo un libro de cuentos, *17 disparos contra lo porvenir*, no sabía a quién ofrecerlo para su publicación. Por último lo llevé a Torrendell, el dueño de la editorial Tor, muy notoria en esos días por anuncios del lanzamiento simultáneo de los diez primeros títulos de su nueva colección Cometa. Secretamente yo aspiraba a que mi libro apareciera en esa colección, que reunía a escritores prestigiosos (o por lo menos a escritores "de verdad", no como yo...). Torrendell me escuchó con aparente atención, no contradijo ninguna ponderación de méritos ni vaticinios de éxito y cuando callé me preguntó qué me parecía si incluía mi libro en una colección que acababa de lanzar... "¿En Cometa?", pregunté con un hilo de voz. "En Cometa", me contestó. Desde entonces recordé admirado el talento de viajante de comercio que desplegué en la oportunidad. En conversaciones y por escrito repetidamente conté el episodio. Es probable que la vanidad me moviera a hacerlo (por más que enfatizara la circunstancia de que nunca volvería a dar pruebas de aquel talento). Sea como fuere, conté el episodio muchas veces y gracias a eso no se me olvidó la conversación que tuve con mi padre, poco antes de mi visita a la editorial. Cuando comenté que me gustaría que el libro apareciera en la colección Cometa, de la editorial Tor, mi padre me dijo: "¿Por qué no vas a ver a Torrendell? Tal vez lo convenzas. No es mala persona".

Ahora advierto hasta qué punto parece increíble que un editor aceptara sin leer el libro de un escritor de diecinueve años, desconocido y que prefería ocultarse tras un seudónimo; ahora no me caben dudas de que mi padre pagó la edición. Lo cierto es que nunca me lo dijo y que yo nunca se lo agradecí. ¿Habrá pensado, como yo pienso, que su hijo no malició la verdad por ser demasiado vanidoso y demasiado ingenuo? De nada de esto podría felicitarse, pero sí de los efectos de su generosa estratagema. Si yo he sido feliz en la vida, alguna parte habrá que acordar a mi manera de ser, pero estoy convencido que por lo menos otro tanto debo a la profesión de escribir, a la que tengo por la mejor de todas.

17 disparos contra lo porvenir logró críticas benignas y ventas aceptables. El título bromea sobre las consecuencias, para la reputación del autor, de los diecisiete cuentos que propone, y con pedantería echa mano del artículo neutro, exigido por el padre Mir, en su *Prontuario de hispanismo y barbarismo*, para pasado, presente, porvenir y futuro.

En 1934 llevé a la librería y editorial Viau y Zona un copioso volumen de cuentos, titulado *Caos*. Abundaban en él, como en el librito anterior, las transcripciones o paráfrasis de sueños. Tal vez por el rumor de que *17 disparos* se vendió bien y a lo mejor porque el desventurado Zona creía un poco en mí (yo era cliente de la librería; habíamos conversado muchas veces), publicaron el libro sin haberlo leído. Se arrepintieron. Creo que las lecturas de las críticas y, finalmente, de los cuentos (procaces, más desagradables que escandalosos) los desengañó. *La Nación* publicó una nota condenatoria; un crítico de algún otro diario me aconsejó que alejado de la literatura "plantara papas". Hubo gente –mujeres por lo general– que trató de confortarme con cartas de desagravio, pero yo para entonces me había pasado al bando de los detractores. En mi presencia Enrique Larreta dijo a mi madre, con desparpajo, sin agresividad y en ese tono suyo, intencionalmente hispánico: "A todas luces el autor se halla en pleno aquelarre glandular". Yo sabía que mi aquelarre no era glandular, sino literario.

Influido por Joyce, por Apollinaire, por Cocteau, por Miró, por Azorín, por críticos y expositores de la literatura contemporánea, por el libro *Ismos* de Ramón Gómez de la Serna, escribí una novela incomprensible, tediosa, deliberadamente literaria, en el sentido más pedante y estéril del término, que titulé *La nueva tormenta o la vida múltiple de Juan Ruteno*. La publiqué en 1935.

Del '36 es *La estatua casera*, breve miscelánea de cuentos, de sueños, de poemas y de reflexiones; del '37, *Luis Greve, muerto*, que incluía, entre otros cuentos, "Cómo perdí la vista" y el que lleva el título del libro, reescritos años después, con la misma idea, pero con diversos argumentos, situaciones, personajes y con los títulos "La sierva ajena" y "Los milagros no se recuperan". Cuando empecé a escribir *La invención de Morel* me propuse que

POR ADOLFO BIOY CASARES

Antes de Morel

HAY UN BIOY CASARES ANTERIOR A *LA INVENCIÓN DE MOREL*. HAY UN LARGO PERÍODO ENTRE 1929 Y 1940 EN EL QUE BIOY PUBLICÓ LIBROS QUE DESPUÉS TRATARÍA DE OLVIDAR. EN SUS *MEMORIAS*, PUBLICADAS EN 1997, SIN EMBARGO, HABLÓ DE ELLOS.

En mi infancia leí la historia de Pinocho, el muñeco de madera que vivía, pensaba y sentía como un ser humano. No sólo la leí en el libro de Collodi, su inventor, sino también en una serie de la editorial Calleja, de autor no declarado, Salvador Bertolozzi, un madrileño que la continuó y que, por lo menos para el chico que fui, escribió las mejores aventuras de Pinocho. Todavía recuerdo el acopio de provisiones y los preparativos para el viaje a la Luna. El más íntimo encanto de la aventura nos llega en la enunciación de las circunstancias domésticas que la rodean.

Creo que los primeros libros que me regalaron fueron *La isla del tesoro* de Stevenson y *Las minas del rey Salomón* de Rider Haggard. Para un cumpleaños me los dio mi primo Juan Bautista (el Cabito) Bioy.

Mi prima María Inés Casares admiraba las novelas de Gyp, una escritora francesa considerada bastante audaz para la época. La palabra Gyp me pareció nítida y luminosa como un rubí; resolví que los libros de la autora con ese nombre me gustaban y me largué a comprarlos a la librería Espiasse, en las primeras cuadras de Florida. Me esperaba una sorpresa: Espiasse no quiso venderme todas las novelas que elegí. Hasta entonces yo lo había mirado con afecto, porque se tuteaba con mi padre (habían sido condiscípulos en el colegio San José), y cuando fui a su librería como cliente, me negaba libros y movía la cabeza repitiendo: "No son para chicos". El pobre Espiasse tomó una actitud paternal que me resultó insólita, porque mis padres me trataban, o me hacían creer que me trataban, como a un adulto y porque en materia de libros me habían persuadido de que lo único importante era que fuesen buenos. Espiasse se avino, sin embargo, a que me llevara *Petit Bob*, que en el acto se convirtió en mi novela predilecta, aunque no me provocó nunca ganas de leerla hasta el final.

Esto confirma quizá mi sospecha de que la práctica de la lectura a casi nadie se le da complacientemente. Sospecho a veces que los escritores vivimos de libros que los llamados lectores compran para coleccionar. Acaso por falta de ánimo para conformar la conducta a las convicciones, escribí siempre para que me lean. En descargo de los lectores que no leen, recuerdo lo que dijo el doctor Johnson: "La mayor parte de los libros son tan repulsivos que en seguida desaniman al lector mejor dispuesto". Sin embargo debería uno recordar que, si no lee, pierde irremisiblemente uno de los más gratos prodigios de este mundo.

Después de leer unas pocas páginas, las ganas que yo sentía ante la novela de Gyp eran, sobre todo, las de plagiarla; no quería reproducir la historia, sino el tono o, más bien el "espíritu", pues no escribiría sobre un chico, sino sobre chicas, que me atraían y me interesaban. Además quería realmente plagiar el aspecto físico del volumen: formato, color (rojo oscuro), tipografía; y por mucho que me afanara, mi novela de Iris y Margarita se parecía más a cualquiera de mis cuadernos que al libro de Gyp. Me desanimé y la abandoné al promediar el segundo o tercer capítulo. Alguna vez dije que escribí esas páginas para enamorar a mi prima. Las escribí porque estaba enamorado de ella.

Ese amor no fue correspondido. Un día descubrí que María Inés me tenía lástima y cariñosamente se reía de mí con otra de mis primas, Hersilita (de la que me enamoré después). Mi reacción fue escribir un libro para convencerla de mi amor por ella, de la riqueza de mi alma y de mi dolor. Se titularía *Corazón de payaso*, y consistiría, como ya lo dije, en la lacrimógena historia de un chico que, dominado por el afán de echar todo a la broma, se vuelve odioso para la persona que quiere.

Esta propensión de valerme de recursos literarios en momentos de ansiedad me asombra retrospectivamente un poco, porque siempre creí que fui un chico deportivo, que pasaba las tardes jugando al fútbol, al rugby, al tenis, haciendo atletismo o boxeando. Soñaba con ser un campeón.

Por aquellos años yo quería arremeter contra la vanidad porque había descubierto que es incompatible con la dicha. Ultimamente releí las maravillosas *Liaisons dangereuses* de Laclos y, con satisfacción, comprobé que éste había hecho el mismo descubrimiento. A la marquesa de Merteuil le hace decir: "Où nous conduit pourtant la vanité! Le Sage a bien raison, quand il dit qu'elle est l'ennemie du bonheur". ("¡Adónde nos lleva la vanidad! Mucha razón tiene el Sabio cuando dice que es enemiga de la dicha.")

Con mis amigos Enrique Drago Mitre y Julio y Carlos Menditeguy, que eran también mis compañeros en el club de deportes, redactamos una revista, *El Batitú*, que alcanzó uno o dos números y una tirada de no menos de cuatro ejemplares dactilografiados. Entre los redactores, Drago era el mejor humorista.

En 1928 escribí *Vanidad o una aventura terrorífica*, relato de misterio que, luego de sugerir una explicación fantástica, se resuelve mediante la investigación policial. En el libro que publiqué al año siguiente dije: "*Vanidad o una aventura terrorífica* es un cuento de miedo, en el que se nota la influencia de Conan Doyle, de Gaston Leroux, de Maurice Leblanc, autores que todavía no había leído, pero que conocía a través del vidrio de aumento de la imaginación". Desde luego, quería decir que los conocía de oídas, pero la expresión me parecía demasiado vulgar para un escritor. Frangollé *Vanidad* al correr de la pluma y de la máquina, ya que Drago escribía con la Underwood las páginas que yo despachaba a mano.

En 1929 escribí cuentos, reflexiones y una comedia brevísima, que leyeron mi padre y un profesor de literatura. Mi padre me preguntó si no quería publicar un libro con esos textos. Recuerdo que los corrigió un poco y que en la editorial o imprenta Biblos, de la calle Sarmiento, pagó la edición: trescientos pesos por trescientos ejemplares en octavo, de ciento veintisiete páginas de papel pluma, que todavía no se descosieron.

No bien ojeó el tomito, el profesor reparó en las correcciones y ásperamente me culpó de falta de coraje para defender mi texto. Concedí poca importancia a esas palabras. Yo creía, y sigo creyendo, que el autor debe anteponer la obra al amor propio, de modo que si descarta correcciones atinadas, porque le llegaron de mano ajena, es un necio. En cuanto a la proposición de mi padre, de que publicara el libro, y al hecho de llevarme a la imprenta, los atribuyo al deseo de verme contento, pero también al deseo de estimular una inclinación decorosa y tal vez a la secreta voluntad de evitarme nostalgias como la que él sentía por novelas y comedias planeadas en la juventud y definitivamente postergadas. Hacia el fin de su vida compuso dos admirables libros de recuerdos: *Antes del 900* y *Años de mocedad*. Murió cuando preparaba un libro tercero.

Hasta 1932 trabajé en una vasta novela sobre la vida y peripecias de un voluntarioso inmigrante español que habría "hecho la América" en nuestro país. Al cabo de quinientas setenta páginas abandoné el proyecto. En una nota preliminar escribí: "Este monstruo es hijo de un monstruo de cuatro caras: don Francisco Rodríguez Marín, James Joyce, *El Alma que Canta* (una revista que publicaba letras de tangos) y Zaratustra". Años después una amiga pasó a máquina el manuscrito. Lo titulé *Inauguración del espanto*, tomando en broma y a la tremenda el largo período 1929-1940, de libros que no concluí y de libros que no debí publicar.

En 1933, cuando tuve listo un libro de cuentos, *17 disparos contra lo porvenir*, no sabía a quién ofrecerlo para su publicación. Por último lo llevé a Torrendell, el dueño de la editorial Tor, muy notoria en esos días por anuncios del lanzamiento simultáneo de los diez primeros títulos de su nueva colección Cometa. Secretamente yo aspiraba a que mi libro apareciera en esa colección, que reunía a escritores prestigiosos (o por lo menos a escritores "de verdad", no como yo...). Torrendell me escuchó con aparente atención, no contradijo ninguna ponderación de méritos ni vaticinios de éxito y cuando callé me preguntó qué me parecía si incluía mi libro en una colección que acababa de lanzar... "¿En Cometa?", pregunté con un hilo de voz. "En Cometa", me contestó. Desde entonces recordé admirado el talento de viajante de comercio que desplegué en la oportunidad. En conversaciones y por escrito repetidamente conté el episodio. Es probable que la vanidad me moviera a hacerlo (por más que enfatizara la circunstancia de que nunca volvería a dar pruebas de aquel talento). Sea como fuere, conté el episodio muchas veces y gracias a eso no se me olvidó la conversación que tuve con mi padre, poco antes de mi visita a la editorial. Cuando comenté que me gustaría que el libro apareciera en la colección Cometa, de la editorial Tor, mi padre me dijo: "¿Por qué no vas a ver a Torrendell? Tal vez lo convenzas. No es mala persona".

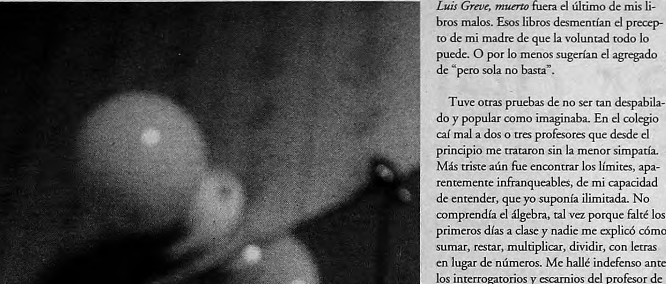
Ahora advierto hasta qué punto parece increíble que un editor aceptara sin leer el libro de un escritor de diecinueve años, desconocido y que prefería ocultarse tras un seudónimo; ahora no me caben dudas de que mi padre pagó la edición. Lo cierto es que nunca me lo dijo y que yo nunca se lo agradecí. ¿Habrá pensado, como yo pienso, que su hijo no malició la verdad por ser demasiado vanidoso y demasiado ingenuo? De nada de esto podría felicitarse, pero sí de los efectos de su generosa estratagema. Si yo he sido feliz en la vida, alguna parte habrá que acordar a mi manera de ser, pero estoy convencido que por lo menos otro tanto debo a la profesión de escribir, a la que tengo por la mejor de todas.

17 disparos contra lo porvenir logró críticas benignas y ventas aceptables. El título bromea sobre las consecuencias, para la reputación del autor, de los diecisiete cuentos que propone, y con pedantería echa mano del artículo neutro, exigido por el padre Mir, en su *Prontuario de hispanismo y barbarismo*, para pasado, presente, porvenir y futuro.

En 1934 llevé a la librería y editorial Viau y Zona un copioso volumen de cuentos, titulado *Caos*. Abundaban en él, como en el librito anterior, las transcripciones o paráfrasis de sueños. Tal vez por el rumor de que *17 disparos* se vendió bien y a lo mejor porque el desventurado Zona creía un poco en mí (yo era cliente de la librería; habíamos conversado muchas veces), publicaron el libro sin haberlo leído. Se arrepintieron. Creo que las lecturas de las críticas y, finalmente, de los cuentos (procaces, más desagradables que escandalosos) los desengañó. *La Nación* publicó una nota condenatoria; un crítico de algún otro diario me aconsejó que alejado de la literatura "plantara papas". Hubo gente –mujeres por lo general– que trató de confortarme con cartas de desagravio, pero yo para entonces me había pasado al bando de los detractores. En mi presencia Enrique Larreta dijo a mi madre, con desparpajo, sin agresividad y en ese tono suyo, intencionalmente hispánico: "A todas luces el autor se halla en pleno aquelarre glandular". Yo sabía que mi aquelarre no era glandular, sino literario.

Influido por Joyce, por Apollinaire, por Cocteau, por Miró, por Azorín, por críticos y expositores de la literatura contemporánea, por el libro *Ismos* de Ramón Gómez de la Serna, escribí una novela incomprensible, tediosa, deliberadamente literaria, en el sentido más pedante y estéril del término, que titulé *La nueva tormenta o la vida múltiple de Juan Ruteno*. La publiqué en 1935.

Del '36 es *La estatua casera*, breve miscelánea de cuentos, de sueños, de poemas y de reflexiones; del '37, *Luis Greve, muerto*, que incluía, entre otros cuentos, "Cómo perdí la vista" y el que lleva el título del libro, reescritos años después, con la misma idea, pero con diversos argumentos, situaciones, personajes y con los títulos "La sierva ajena" y "Los milagros no se recuperan". Cuando empecé a escribir *La invención de Morel* me propuse que *Luis Greve, muerto* fuera el último de mis libros malos. Esos libros desmentían el precepto de mi madre de que la voluntad todo lo puede. O por lo menos sugerían el agregado de "pero sola no basta".



Tuve otras pruebas de no ser tan despabilado y popular como imaginaba. En el colegio caí mal a dos o tres profesores que desde el principio me trataron sin la menor simpatía. Más triste aún fue encontrar los límites, aparentemente infranqueables, de mi capacidad de entender, que yo suponía ilimitada. No comprendía el álgebra, tal vez porque falté los primeros días a clase y nadie me explicó cómo sumar, restar, multiplicar, dividir, con letras en lugar de números. Me hallé indefenso ante los interrogatorios y escarnios del profesor de álgebra, que propuso un teorema y me pidió que pasara al frente y que lo resolviera en el pizarrón. Ahí estuve, tiza en mano, balbuceando excusas, durante los veinte minutos más largos de mi vida, mientras el profesor exclamaba: "¡Qué talento! ¡Una lumbrera!", y lograba la complicidad de mis condiscípulos, para burlarse de mí. Cuando por fin sonó la campanilla salvadora, el profesor levantó la voz para pedir que me coronaran con un bonete de burro. Nada de esto parece terrible; para un chico es doloroso. La experiencia repercutió en mi mente y en mi ánimo. No sólo tuve malas notas en matemáticas; recuerdo que ni en latín, ni en geografía, ni aun en castellano me iban bien. Como la pesadilla central eran las matemáticas, mis padres recurrieron a un amigo, el profesor Felipe Fernández, para que me diera clases particulares. Fernández vivía en un departamento, en los altos de la calle Catamarca 50. Yo solía encontrarlo tocando el harmonio. Era entrerriano, flaco, de mediana estatura, de frente alta, despejada. Generalmente vestía de saco negro, pantalón de "fantasía" (a rayas), corbata negra, Lavalière. Aunque yo era chico, en seguida comprendí que me encontraba ante un artista que había llevado a su expresión más alta el arte de enseñar. Los teoremas, desarrollados por él, me parecieron hermosos. Todo era tan claro que el discípulo se creía inteligente. Fernández me sacó de la melancolía en que me hundió su colega. Me convirtió en buen estudiante para todas las materias, excelente en matemáticas. Yo hubiera sido matemático si él no hubiera muerto (al menos pienso eso, en su homenaje). Le debo, no me cabe duda, cierta capacidad para exposiciones y explicaciones complejas, como las que requirieron *La invención de Morel* y *Plan de evasión*.

Los otros días, mientras buscaba información sobre mi padre para Ezequiel Gallo, que habló sobre él en la Academia de Ciencias Morales, encontré un librito que reunía cursos y conferencias de La Sorbona, con esta dedicatoria: "para mis amigos Marta y Adolfo, con un abrazo de Felipe Fernández, París, 1919", y la indicación de que leyeran las palabras que Langevin dijo en La Sorbona para presentar a Einstein. El librito incluye también un trabajo de otro amigo de mis padres, el psicólogo George Dumas, que explica las teorías de Freud.

Mientras tanto la imaginación y los sueños me proporcionaban historias que diligentemente yo convertía en páginas que, inéditas o impresas, se transformaban en agobiadoras pruebas de mi incapacidad de lograr una pieza literaria aceptable. Cuando publicaba un nuevo libro, antes de mirar la apenada cara de los amigos, sabía que lo había malogrado; ingratas relecturas me lo demostraban de sobra.

En aquel período de creación continua y desafortunada (aunque no infeliz durante su elaboración) leí y estudié mucho. Leí literatura española, con la intención de abarcarla en la diversidad de sus géneros, desde los comienzos hasta el presente, sin limitarme a los autores y libros más conocidos; literatura argentina, sin excluir formas populares, como las letras de tango y milonga, que seleccionaba en *El Alma que Canta* y en *El Canta Claro*, para una probable antología; literatura francesa, inglesa, norteamericana y rusa; algo de la alemana, de la italiana, de la portuguesa (desde luego, Eça de Queirós); literatura griega y latina, algo de la china, de la japonesa, de la persa. Teorías literarias. Versificación, sintaxis, gramática. *The Art of Writing* de Stevenson, *Dealing with Words* de Vernon Lee. Filosofía, lógica, lógica simbólica. Introducciones a las ciencias, clasificaciones de las ciencias, introducción a las matemáticas. La Biblia. San Agustín. Padres de la Iglesia. La relatividad. La cuarta dimensión. Teorías biológicas.

Parece, pues, indudable que yo no escribía mal por negligencia, como caritativamente Borges quiso creer, sino ardiendo en la vocación y consciente de las múltiples teorías, que tal vez no supiera concertar. Recuerdo que para dar mayor intensidad a una escena de amor la escribí mientras oía y volvía a oír *La siesta de un fauno* de Debussy. No me valió de mucho. Evidentemente yo carecía de experiencia, de maduración, sobre todo de sensatez. Mientras despachaba esos libros irremediables, planeaba un arte de escribir y con remordimiento me resignaba a postergarlo, para no interrumpir la continua composición de relatos. No solamente proyectaba ese volumen; escribiría otro sobre los efectos literarios, que sería probablemente una reencarnación de los viejos libros de retórica. Entre mis borradores de entonces todavía guardo los dos manuales, mejor dicho cuadernos, de geometría plana y del espacio. Ya para mí todo desembocaba en un libro. Cuando imaginé el argumento de *La invención de Morel*, tomé la decisión de que mis habituales errores no lo malograran. No sabía con claridad cuáles eran; sabía que estaban en mí y que habían estropeado mis libros; si no los identificaba, difícilmente conseguiría eliminarlos. Me pregunté qué posibles errores alentaba la vanidad (porque pensaba que de ella me venían todos los males) y me dije que nunca más volvería a escribir para los críticos y que me comprometía a olvidar para siempre la reconfortante esperanza de leer: "Bioy fue el primero en emplear el término... el procedimiento...". No, no escribiría para mi renombre, sino para el libro que tenía entre manos; para su coherencia y su eficacia. Creo que esta decisión fue favorable.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS, SELECCIÓN DE TEXTOS Y FOTOS POR GUILLERMO PIRO. DE *MEMORIAS*, POR ADOLFO BIOY CASARES. SE REPRODUCE AQUÍ POR GENTILEZA DE EDITORIAL TUSQUETS.



Luis Greve, muerto fuera el último de mis libros malos. Esos libros desmentían el precepto de mi madre de que la voluntad todo lo puede. O por lo menos sugerían el agregado de "pero sola no basta".

Tuve otras pruebas de no ser tan despabilado y popular como imaginaba. En el colegio caí mal a dos o tres profesores que desde el principio me trataron sin la menor simpatía. Más triste aún fue encontrar los límites, aparentemente infranqueables, de mi capacidad de entender, que yo suponía ilimitada. No comprendía el álgebra, tal vez porque falté los primeros días a clase y nadie me explicó cómo sumar, restar, multiplicar, dividir, con letras en lugar de números. Me hallé indefenso ante los interrogatorios y escarnios del profesor de álgebra, que propuso un teorema y me pidió que pasara al frente y que lo resolviera en el pizarrón. Ahí estuve, tiza en mano, balbuceando excusas, durante los veinte minutos más largos de mi vida, mientras el profesor exclamaba: "¡Qué talento! ¡Una lumbrera!", y lograba la complicidad de mis condiscípulos, para burlarse de mí. Cuando por fin sonó la campanilla salvadora, el profesor levantó la voz para pedir que me coronaran con un bonete de burro. Nada de esto parece terrible; para un chico es doloroso. La experiencia repercutió en mi mente y en mi ánimo. No sólo tuve malas notas en matemáticas; recuerdo que ni en latín, ni en geografía, ni aun en castellano me iban bien. Como la pesadilla central eran las matemáticas, mis padres recurrieron a un amigo, el profesor Felipe Fernández, para que me diera clases particulares. Fernández vivía en un departamento, en los altos de la calle Catamarca 50. Yo solía encontrarlo tocando el harmonio. Era entrerriano, flaco, de mediana estatura, de frente alta, despejada. Generalmente vestía de saco negro, pantalón de "fantasía" (a rayas), corbata negra, Lavalière. Aunque yo era chico, en seguida comprendí que me encontraba ante un artista que había llevado a su expresión más alta el arte de enseñar. Los teoremas, desarrollados por él, me parecieron hermosos. Todo era tan claro que el discípulo se creía inteligente. Fernández me sacó de la melancolía en que me hundió su colega. Me convirtió en buen estudiante para todas las materias, excelente en matemáticas. Yo hubiera sido matemático si él no hubiera muerto (al menos pienso eso, en su homenaje). Le debo, no me cabe duda, cierta capacidad para exposiciones y explicaciones complejas, como las que requirieron *La invención de Morel* y *Plan de evasión*.

Los otros días, mientras buscaba información sobre mi padre para Ezequiel Gallo, que habló sobre él en la Academia de Ciencias Morales, encontré un librito que reunía cursos y conferencias de La Sorbona, con esta dedicatoria: "para mis amigos Marta y Adolfo, con un abrazo de Felipe Fernández, París, 1919", y la indicación de que leyeran las palabras que Langevin dijo en La Sorbona para presentar a Einstein. El librito incluye también un trabajo de otro amigo de mis padres, el psicólogo George Dumas, que explica las teorías de Freud.

Mientras tanto la imaginación y los sueños me proporcionaban historias que diligentemente yo convertía en páginas que, inéditas o impresas, se transformaban en agobiadoras pruebas de mi incapacidad de lograr una pieza literaria aceptable. Cuando publicaba un nuevo libro, antes de mirar la apenada cara de los amigos, sabía que lo había malogrado; ingratas relecturas me lo demostraban de sobra.

En aquel período de creación continua y desafortunada (aunque no infeliz durante su elaboración) leí y estudié mucho. Leí literatura española, con la intención de abarcarla en la diversidad de sus géneros, desde los comienzos hasta el presente, sin limitarme a los autores y libros más conocidos; literatura argentina, sin excluir formas populares, como las letras de tango y milonga, que seleccionaba en *El Alma que Canta* y en *El Canta Claro*, para una probable antología; literatura francesa, inglesa, norteamericana y rusa; algo de la alemana, de la italiana, de la portuguesa (desde luego, Eça de Queirós); literatura griega y latina, algo de la china, de la japonesa, de la persa. Teorías literarias.Versificación, sintaxis, gramática. *The Art of Writing* de Stevenson, *Dealing with Words* de Vernon Lee. Filosofía, lógica, lógica simbólica. Introducciones a las ciencias, clasificaciones de las ciencias, introducción a las matemáticas. La Biblia. San Agustín. Padres de la Iglesia. La relatividad. La cuarta dimensión. Teorías biológicas.

Parece, pues, indudable que yo no escribía mal por negligencia, como caritativamente Borges quiso creer, sino ardiendo en la vocación y consciente de las múltiples teorías, que tal vez no supiera concertar. Recuerdo que para dar mayor intensidad a una escena de amor la escribí mientras oía y volvía a oír *La siesta de un fauno* de Debussy. No me valió de mucho. Evidentemente yo carecía de experiencia, de maduración, sobre todo de sensatez. Mientras despachaba esos libros irremediables, planeaba un arte de escribir y con remordimiento me resignaba a postergarlo, para no interrumpir la continua composición de relatos. No solamente proyectaba ese volumen; escribiría otro sobre los efectos literarios, que sería probablemente una reencarnación de los viejos libros de retórica. Entre mis borradores de entonces todavía guardo los dos manuales, mejor dicho cuadernos, de geometría plana y del espacio. Ya para mí todo desembocaba en un libro. Cuando imaginé el argumento de *La invención de Morel*, tomé la decisión de que mis habituales errores no lo malograran. No sabía con claridad cuáles eran; sabía que estaban en mí y que habían estropeado mis libros; si no los identificaba, difícilmente conseguiría eliminarlos. Me pregunté qué posibles errores alentaba la vanidad (porque pensaba que de ella me venían todos los males) y me dije que nunca más volvería a escribir para los críticos y que me comprometía a olvidar para siempre la reconfortante esperanza de leer: "Bioy fue el primero en emplear el término... el procedimiento...". No, no escribiría para mi renombre, sino para el libro que tenía entre manos; para su coherencia y su eficacia. Creo que esta decisión fue favorable.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS, SELECCIÓN DE TEXTOS Y FOTOS POR GUILLERMO PIRO. DE *MEMORIAS*, POR ADOLFO BIOY CASARES. SE REPRODUCE AQUÍ POR GENTILEZA DE EDITORIAL TUSQUETS.



Mar del Plata
TEMPORADA 2000

Teatro Municipal Colón
Hipólito Yrigoyen 1555

CARMEN FLORES
"Entre dos amores"
De miércoles a viernes de enero y febrero a las 22.
Sábados y domingos de enero y febrero dos funciones: 21 y 22.45.
Un espectáculo para soñar y emocionarse por igual. Carmen Flores, la estrella internacional que el país adoptó como suya.
Platea: $ 25. Tertulia: $ 20. Paraíso: $ 15. Descuento a jubilados.
"A los muchachos"
Tragicomedia en un acto.
Con Carlos Juárez y Pablo Pawlowicz.
De miércoles a viernes de enero y febrero a la 0.30.
Debut: 7 de enero.
Entrada general: $ 7. Jubilados y estudiantes: $ 5.
"Cómo se rellena un bikini salvaje"
Todos los domingos de enero y febrero a las 23.30.
Ana Acosta llega al Colón con su unipersonal.
Entrada general: $ 12. Estudiantes y jubilados: $ 8.
Papelnonos
Todos los jueves de enero y febrero a las 20.
Los simpáticos abuelos presentan "Jugando con el tiempo".
Dirección: Jorge Strada.
Entrada general: $ 5.
Bravísimo Opera Show
Todos los viernes de enero y febrero a las 20.
Debut: 7 de enero.
Musical con las más conocidas arias de ópera.
Entrada general: $ 6. Estudiantes y jubilados: $ 4.
Guillermo Zaragoza
Lunes 10 a las 21.
Homenaje a Chopin por el prestigioso pianista marplatense.
Entrada: $ 10. Estudiantes y jubilados: $ 6.
"Guía de los amantes I"
Lunes 10 de enero a las 23.30.
Un espectáculo de danza, teatro y humor del grupo La Pavana.
Entrada general: $ 3.
"Perseo, el héroe"
Lunes 10 y martes 11 de enero a las 18.30.
Espectáculo infantil.
Entrada: $ 5.
"Con las alas del alma"
Martes 11 a las 23.
Folklore argentino.
Entrada general: $ 5.
Orquesta Sinfónica Municipal
Dirección Mo. Carlos Alberto Vieu.
Martes 11 de enero a las 21.
"Música con nuestros músicos.
Velada de conciertos con solistas"
Teatro Colón.
Banda Municipal de Música
Dirección: Mo. Hugo Daniel Cambiasso.
"Conciertos en La Glorieta".
Todos los domingos a las 19. Plaza San Martín. Entrada libre.
Quinteto de Vientos Municipal
Viernes 7 de enero a las 21.
"1er. Concierto de la Temporada"
Centro Cultural General Pueyrredón.
Entrada libre y gratuita.

Museo Municipal de Arte "Juan Carlos Castagnino"
Av. Colón y Alvear.
Tel.: 451-9461

7ª Bienal Chandon de Pintura Joven 1999
Hasta el 13 de febrero diariamente de 17 a 22.
Ciclo de Conferencias "Mujeres Pintoras"
Dos versiones de la modernidad:
Nora Borges y Raquel Forner.
Lunes 10 a las 19.30. Entrada gratuita.
Canciones francesas del compositor Gabriel Fauré
(Música vocal de cámara)
Tenor Juan Carlos Maldonado.
Viernes 7 a las 22.
Grupo Vocal TEV
(coro)
Domingo 9 a las 22.
Recital de Música de Cámara para flauta y arpa
Edith Gorini y Alejandro Kordón.
Miércoles 12 a las 22.
Entrada general: $ 6.
Taller de Plástica de Verano
para niños de 6 a 11 años.
Prof. Julia Verón.
Todos los lunes a las 18.30. (Entrada libre y gratuita)

Centro Cultural Victoria Ocampo
(Villa Victoria) Matheu 1851

Ciclo Escritores en la Costa.
Organiza Editorial Sudamericana.
Todos los lunes de enero y febrero a las 20.
Lunes 10: **Esther Goris**.
Entrada libre y gratuita.
"La manzana original"
Lunes y martes de enero y febrero a las 22.
Versión operística en clave de humor de *El Diario de Adán y Eva* de Mark Twain.
Entrada: $ 10 y $ 8 para estudiantes y jubilados.*"¡Dostoievsky!"*
Miércoles de enero y febrero a las 21.
El genio y la obra de este escritor ruso, puestos de manifiesto en una obra de Agustín Busefi.
Entrada: $ 6 y $ 3 para estudiantes y jubilados.
"Ardiendo en la lluvia"
Jueves de enero y febrero a las 21.30.
Un homenaje al "Che", planteado desde las canciones del cantautor marplatense Luis Caro.
Entrada: $ 6 y $ 3 para estudiantes y jubilados.
"El Mundo de María Elena"
Viernes y sábado de enero y febrero a las 21.
Para toda la familia. La actriz Mirian Martino vuelve con un espectáculo renovado, recreando los textos de María Elena Walsh.
Entrada: $ 10. Estudiantes y jubilados: $ 8.
"Aquemarropa"
Viernes, sábado y domingo a las 22.30.
Un compendio de textos de poetas argentinos y sudamericanos enmarcan el trabajo escénico del actor Manuel Callau complementado por la música de Baraj.
Entrada: $ 10. Estudiantes y jubilados: $ 8.
"Shakespirado"
Domingo 9 de enero a las 21.
Versión tragicómica del *Hamlet* de Shakespeare.
Entrada: $ 6 y $ 3 para estudiantes y jubilados.

Villa Mitre
Lamadrid 3870. Tel.: 495-1200

Aventuras con historia
Un conjunto de actividades que apuntan al desarrollo de la creatividad, el conocimiento y el entretenimiento a partir de talleres y espectáculos infantiles en el parque. Diariamente a partir de las 19.
Entrada general: $ 1.
Verano Planeta
Ciclo de escritores, que propone un diálogo abierto con ocho de las principales figuras de la literatura y periodismo actual.
Todos los jueves a las 21.
13 de enero: **Félix Luna**
Entrada libre y gratuita.
Sueño de una noche de verano
Todos los lunes y martes de enero y febrero a las 20.
Teatro y danza para chicos con el Grupo Arbalet.
Entrada: $ 1.
Muestras
"Construcción de la Rambla Francesa"
"Evolución Histórica de Mar del Plata"
Horarios de visita al museo: lunes a viernes de 12 a 21. Sábado y domingo de 17 a 21.

Museo Municipal "José Hernández"
Km 14,4 de Ruta 226, Acceso Laguna de los Padres

Exposición Permanente
"Historia rural regional"

Exposición temporaria
"Los muebles vuelven a la estancia. Ambientación y costumbres en la antigua estancia Laguna de los Padres"
Inauguración: 9 de enero a las 18.30. Cierre: 15 de marzo.
Horario: de martes a viernes de 11 a 18. Sábados y domingos de 12 a 18.
Entrada general: $ 1.50.
Visitas guiadas: Se realizan de martes a viernes a las 11.30, 14, 15.30 y 17. Los fines de semana se realizan a las 14, 15.30 y 17.

Museo Municipal de Ciencias Naturales "Lorenzo Scaglia"
Av. Libertad entre Catamarca y La Rioja

Dinosaurios de la Patagonia
A partir del 8 de enero.
Se trata de una exhibición que incluye una decena de dinosaurios completos representativos de distintos períodos geológicos (Cretásico, Jurásico y Triásico).
Horario: Todos los días de 17 a 23. Días sin playa: de 15 a 23.
Entrada general: $ 4.
Planetario
Un recorrido por el cielo de Mar del Plata. Horario: Todos los días a las 19, 20, 21 y 22. Entrada general: $ 1.50.-
"Los locos experimentos de Melquíades"
Actividad participativa para niños ligados a la ciencia.
Horario: diariamente desde las 19.
Entrada general: $ 2.
"Filogenia"
Obra teatral infantil sobre la vida de Florentino Ameghino.
Horario: diariamente a partir de las 19.
Entrada general: $ 2.
Abono a ambos espectáculos ("Los locos experimentos de Melquíades" y "Filogenia"): $ 3.

Centro Cultural General Juan Martín de Pueyrredón
25 de Mayo 3101

Sala "A"
"Tiempos del novecientos"
Lunes de enero y febrero a las 21.30.
Una pieza de Luis Ordaz con jugosas estampas y canciones de principios de siglo.
Entrada general: $ 6. Estudiantes y jubilados: $ 3.
"Fresa y Chocolate"
Lunes de enero y febrero a las 23.30.
Espectáculo teatral cubano estrenado en La Habana por sus actuales intérpretes Luis Mesa y Antonio Arroyo.
Entrada general: $ 10. Estudiantes y jubilados: $ 5.
"Cuadrilátero" *(Obediencia de vida)*
Martes de enero y febrero a las 21.30.
Entrada general: $ 6. Estudiantes y jubilados: $ 3.
"El fabricante de Fantasmas"
Miércoles y jueves de enero y febrero a las 21.30.
Obra de Roberto Arlt presentada por la Escuela Municipal de Arte Dramático.
Entrada general: $ 6. Estudiantes y jubilados: $ 3.
"Noche Flamenca"
Viernes 7 de enero a las 21.30.
Toda la gracia de las danzas y las canciones de España.
Entrada general: $ 6. Estudiantes y jubilados: $ 3.
"Cuentos de crédulos y crápulas"
Viernes de enero y febrero a las 23.30.
Es básicamente un cuento de buenos y malos, con textos de León Felipe, Prevert y Roberto Arlt.
Entrada general: $ 6. Estudiantes y jubilados: $ 3.
"Bolero Rococó"
Sábados y domingos de enero y febrero a las 21.30.
Un espectáculo pleno de ternura, nostalgia y humor.
Entrada general: $ 6. Estudiantes y jubilados: $ 3.
"Hay que seguir"
Sábados y domingos de enero y febrero a las 23.30.
Personajes porteños de ayer y de siempre. Comedia dramática y musical del siglo XXI.
Entrada general: $ 10. Estudiantes y jubilados: $ 5.
Sala "B"
"Protocolo familiar"
Lunes de enero y febrero a las 21.30.
Dos mujeres, madre e hija, unidas a través de un vínculo de autoridad y sumisión, con metáforas de gran riqueza poética.
Entrada general: $ 6. Estudiantes y jubilados: $ 3.
"Desde el pie"
Lunes de enero y febrero a las 23.30.
Encuentro de dos personajes antagónicos con lo irreal, el ensueño y la incertidumbre.
Entrada general: $ 6. Estudiantes y jubilados: $ 3.
"La saeta del sudeste"
Martes de enero y febrero a las 21.30.
Entrada general: $ 6. Estudiantes y jubilados: $ 3.
"Las voces del mar"
Jueves de enero y febrero a las 21.30.
Grupo vocal e instrumental que aborda un repertorio variado.
Entrada general: $ 6. Estudiantes y jubilados: $ 3.
"El hombre que nada"
Jueves y viernes de enero a las 23.30.
Una pieza de amor... y humor. Unipersonal de José Minuchín.
Entrada general: $ 6. Estudiantes y jubilados: $ 3.
"Sabores del alma"
Sábados y domingos de enero y febrero a las 21. Espectáculo de "teatro clip" interpretado por Patricia Hart, con textos de Vilma Sastre y Pablo Nisenson.
Entrada general: $ 6. Estudiantes y jubilados: $ 3.
"¿Mintió la flor?"
9 de enero a las 23.30.
Grupo Teatral "El Farabute" presenta una historia bien porteña.
Entrada general: $ 10. Estudiantes y jubilados: $ 5.

MERCOARTE 2000
Edición Mar del Plata

Plaza del Agua
Del 10 de enero al 20 de febrero.
Nueva edición de esta original muestra de arte se realizará este verano en la sala de exposiciones de OSSE, en la "Plaza del Agua" –Güemes 3250– entre el 10 de enero y el 20 de febrero inclusive. Entrada libre y gratuita, diariamente de 19 a 23.